

Expreso, 15 de enero de 1996.

HAGA EL AMOR, NO LA GUERRA ...

Por Alfonso Baella Tuesta

Graves, muy graves, gravísimos, diabólicos deben ser los planes elaborados por la Berenson y otros terroristas del MRTA contra el Congreso y, en particular, contra los periodistas que informan sobre las ocurrencias del Templo de las Leyes, para que la junta directiva se haya visto en la necesidad de adoptar medidas también severas de seguridad.

Los periodistas, para salvar sus vidas, no ingresarán al Congreso por la puerta principal. Lo harán por la puerta posterior; como quien dice, por la puerta de servicio.

La puerta principal estará reservada para los congresistas.

Conociendo a los periodistas como los conocemos, acatarán la orden sin dudas ni murmuraciones, pero, pies adentro, se dirigirán a la carrera hacia la puerta delantera, que está ubicada exactamente, en línea recta, al otro lado del Templo de las Leyes.

Porque, como comprenderán nuestros lectores, a los periodistas les interesa un pepino ingresar por la puerta o por la ventana. Lo que ellos quieren es averiguar qué pasa; y para esto, nada mejor que hablar con los mismos congresistas.

Los periodistas, antes de ingresar por la puerta de servicio, tendrán que identificarse como es debido. El lector debe tener presente que la Berenson se hacía pasar por periodista e ingresaba al Templo de las Leyes sin necesidad de mostrar la nalga, como Susy en la TV de Santiago. La Berenson mostraba su carnet, y ... ¡adentro!

Identificados, los sabuesos de la prensa se dirigirán por un túnel, como los que se usan en los aeropuertos modernos, hasta sus cabinas ubicadas en el techo del hemiciclo.

De este modo la vida de los periodistas y la tranquilidad de los congresistas estarán a salvo. Todos contentos, todos seguros. ¿De a verdad, felices? ¿Descansará tranquila la junta directiva?

Creemos que no. Los hijos de las tinieblas, como es sabido, tienen ingenio.

La puerta principal, el amplio vestíbulo inmediato, las escaleras que dan acceso al patio de los Pasos Perdidos son los sitios ideales para el encuentro de los padres de la Patria con los periodistas, con los reporteros de la televisión. Es el paso obligado para todos. Allí comienzan los corredores de acceso al pleno del Congreso, por un lado, y por el otro, hacia lo que fue el Senado.

La medida, aparentemente protectora de los periodistas, va a mortificar hasta la desesperación a los parlamentarios llamados, despectivamente, "pantalleros", "roba-cámaras" y cosas por el estilo. Son los legisladores de la oposición que suelen dar la vida por un pantallazo; y también los del oficialismo que tienen algo que decir. Hay otros "pantalleros" que tienen algo que mostrar; como Susy, por ejemplo.

En la puerta principal nadie se escapa. El periodista puede abordar a quien le plazca y goza de la aglomeración inmediata de los otros periodistas que están a la caza de una noticia. Privar a los legisladores y los periodistas de este lugar de encuentro es quitar a la vida parlamentaria su sal y pimienta. Unos y otros estarán dispuestos a correr riesgos con tal de mantener abierta esta puerta principal.

La puerta de servicio, en esta curiosa relación de prensa-legislador, juega un papel importante. El legislador y el periodista se buscan o se rechazan mutuamente. El periodista rechaza al "pantallero", no le gusta ser utilizado. El "pantallero" dispone generalmente de un relacionista o asesor de imagen, verdadera ladilla que se le prende para llevarlo al "balcón del segundo piso", "porque Fulanito quiere hacer un destape".

Pero éste no es el caso. El mundo legislativo tiene de todo.

Hay legisladores que entre suspiro y suspiro quieren su "pantallazo" y buscan al cronista amigo para figurar en una columna. Bajan de su vehículo, dirigen miradas llenas de amor (periodístico, por cierto) a su alrededor. Pero nadie reparó en él. Ingresa por el primer pasillo, a la mano izquierda, sigue de frente, entra al baño, dobla por el otro pasillo, da una mirada al comedor y, cautelosamente, a la izquierda y, otra vez, por la puerta de servicio, está en la calle. Allí sube a su automóvil, espera algunos minutos y vuelve a aparecer por la puerta principal.

Puede, nuestro legislador en busca de pantalla o de crónica, dar cinco o seis vueltas, hasta toparse con el periodista que, apurado, quiere alguna información. La misión está cumplida. Se ha evitado al relacionista-ladilla; quizás se ha logrado una noticia. De alguna manera, el público está servido.

Si la disposición protectora se cumple, es posible que legisladores y periodistas decidan cambiar el lugar del encuentro. Serán los espacios abiertos que quedan en la parte posterior del Templo de las Leyes.

De todo esto, quien gana es Susy. Ella llegará con su desenfado, curvas al aire, como en Santiago, para poner en apuros a los cucufatos y a los prudentes. Para protegerla, contra un resfrío o lo que fuese, quizás sea amonestada y tal vez suspendida. Ella podrá decir:

-Levánteme cualquier cosa, menos la inmunidad.